

Investigación histórico-disciplinar en Trabajo Social. Implicaciones para la formación y construcción de la identidad profesional*

**Historic-disciplinary research in Social Work. Implications for the
education and construction of professional identity**

Bibiana Travi**

El contenido de esta publicación se basa en la conferencia de apertura (realizada el 22 de octubre de 2013), presentada en el acto de conmemoración y celebración del aniversario número sesenta de la creación de la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano al que se suman una serie de reflexiones que, por razones de tiempo, no pudieron ser incluidas en dicha oportunidad, aunque sí compartidas con docentes e investigadores de la Escuela en la intensa semana de trabajo durante mi estadía allí. Quiero entonces en primer lugar, agradecer a la directora de la Escuela, profesora Alba Nubia Rodríguez Pizarro, por invitarme a participar en este importante evento, así como la cálida bienvenida de los docentes, en particular de la profesora Elsa María Pérez, y de los colegas y alumnos de esta sede central y de las regionales.

Como su título lo indica, la exposición estuvo centrada en la importancia que hoy adquiere la investigación histórico-disciplinar en trabajo social y sus implicaciones para la formación y construcción de la identidad profesional. También fue una buena oportunidad para compartir y presentar hallazgos, resultados de investigaciones y reflexiones surgidas a lo largo de tres décadas en el ejercicio profesional, la docencia, la investigación y la

* Documento derivado de la conferencia presentada con motivo de la celebración de los sesenta años de la Escuela de Trabajo social y Desarrollo Humano de la Universidad del Valle, en octubre de 2013. Por su carácter de ponencia no guarda correspondencia con los lineamientos exigidos por Prospectiva para la publicación de artículos, en concordancia con los lineamientos de Publindex.

** Docente. Magíster. Grupo de Investigadores en Trabajo Social - Creado en 2008 y coordinado por quien suscribe, así como por el doctor Miguel Miranda Aranda, la doctora Viviana Ibáñez y el licenciado Andrés Ponce de León. En la actualidad forman parte del grupo docentes-investigadores de 25 unidades académicas de América Latina y España. GIITS Universidades Nacionales de Moreno y Luján Provincia de Buenos Aires, Argentina Junio de 2014.

Correo electrónico: bibiana.travi@gmail.com

participación activa en nuestros colegios y asociaciones profesionales. Con respecto a las investigaciones, estas fueron desarrolladas en la Universidad Nacional de Luján (2000-2012), en el Grupo de Investigadores en Trabajo Social – GIITS (actual) y en el marco de mi formación de posgrado¹ surgieron de una serie de interrogantes en torno a los fundamentos teóricos, epistemológicos y metodológicos del trabajo social, forjados en su proceso de profesionalización (finales del siglo XIX y principios del XX en Inglaterra y Estados Unidos) y del análisis de su pertinencia en la actualidad. Asimismo, interpelan y proponen un análisis crítico de la historiografía latinoamericana con respecto al surgimiento, “invención” y desarrollo de la profesión.

1. Algunas consideraciones sobre la investigación histórico-disciplinar: nuevas y renovadas epistemologías para los nuevos tiempos

Hoy y toda esta semana estaremos aquí para celebrar, festejar y conmemorar los 60 años de la creación y existencia de esta Escuela. Pero, ¿en qué consiste una celebración, una conmemoración de este tipo? ¿por qué celebramos aniversarios como estos? ¿qué sentido, qué valor tiene? ¿cuál es su significado para las nuevas generaciones?

En nuestra vida cotidiana, recordar, conmemorar es una capacidad humana que consiste en traer a la memoria hechos del pasado. Cuando este recordar designa el esfuerzo consciente de los grupos humanos, nos referimos a la memoria histórica.² Es un concepto reciente, desarrollado por el historiador francés Pierre Nora, que tiene un fuerte contenido político-ideológico y está asociado a otros conceptos como memoria colectiva y política de la memoria o política de la historia (Geschichtspolitik), utilizado con frecuencia por grupos subalternos o perseguidos.

Como señala Alberto Bustos,³ la etimología del verbo ‘recordar’ “lleva dentro la palabra *corazón*. Viene del bajo latín *recordare*, que se compone del prefijo *re-* (‘de nuevo’) y un elemento *cordare* formado sobre el nombre

¹ Especialización y Maestría en Política Social (Universidad de Buenos Aires) y Doctorado en Epistemología e Historia de la Ciencia (Universidad Nacional de Tres de Febrero).

² Todos los subrayados son nuestros, salvo que se indique lo contrario.

³ Bustos, Alberto. 2007-2013. *Blog de Lengua* [documento en línea: <http://blog.lengua-e.com/>; acceso: 19 de septiembre de 2013].

cor, cordis (‘corazón’), y ello es así, ya que antiguamente “se creía que el corazón era la sede de la memoria”.⁴ Asimismo, nos ofrece una reflexión de Ortega y Gasset sobre su etimología:

El yo pasado, lo que ayer sentimos y pensamos vivo, perdura en una existencia subterránea del espíritu. Basta con que nos desentendamos de la urgente actualidad para que ascienda a flor de alma todo ese pasado nuestro y se ponga de nuevo a resonar. Con una palabra de bellos contornos etimológicos decimos que lo recordamos —esto es, que lo volvemos a pasar por el estuario de nuestro corazón—. Dante diría *per il lago del cor* (José Ortega y Gasset: *El espectador*, II, “Azorín: primores de lo vulgar”).

Con respecto a la conmemoración de la fundación de la Escuela, obviamente hoy nosotras/os aquí no podemos “recordar” ni traer a la memoria lo que no hemos vivido, porque ninguna/o de nosotras/os estuvo allí ese 13 de octubre de 1953.

Pero lo que sí podemos hacer es visitar el pasado, ir a su encuentro desde el presente, desde el aquí y el ahora. Un pasado que es de ustedes, de las/os caleñas/os, de las/os colombianas/os, pero también de todos los trabajadores sociales del continente y del mundo, porque la creación de cada Escuela, de cada carrera es un hito fundamental en la historia de nuestra profesión. La indagación de ese pasado es una tarea de la investigación histórico-disciplinar.

La investigación científica es una forma particular de producir conocimientos. Varios autores (Ibáñez, 1986; Saltalamacchia, 2002; Besse, 2000, citados en Travi, 2004), refiriéndose al origen etimológico del término, señalan que proviene del latín *uestigo*, en el sentido de “seguir las huellas que deja una presa en el camino”. Pero no se trata de ir a recolectar los datos que supuestamente ya existen y están listos para ser captados por el investigador, sino de un trabajo de “búsqueda y de una creación en la que nunca el objeto será un ente pasivo expuesto a la captura definitiva de una mente omnipotente” (Saltalamacchia, 2002: 8).

⁴ Este autor señala también equivalencias similares en otras lenguas por ejemplo en “Francés: *Apprendre par coeur* (literalmente, ‘aprender de corazón’) y en ‘Inglés: *Know by heart* (lit. ‘saber de corazón’)” (Ibid.).

Es decir, si nos apartamos de una noción de lo que significa investigar según la cual basta contar con un método para hacer buenas investigaciones, y pasamos a concebirla como un “proceso de construcción”, ello implica entonces la responsabilidad de explicitar sus supuestos, procesos y procedimientos a través de los cuales se construyó el problema y se elaboraron el diseño, los criterios y los fundamentos a partir de los cuales se seleccionaron e implementaron las técnicas utilizadas, etc. Y ello no solo es necesario en pos de la transparencia, sino que se convierte en una “precondición para la discusión fundada y la creencia en sus resultados” (Saltamacchia, 2002: 9).

Cabe entonces explicitar cómo concebimos *la relación entre investigación, epistemología e historia* y la perspectiva desde donde partimos. Siguiendo las recientes producciones de Escolar y Besse (2011: 12), “hay un aspecto que caracteriza a todos los usos” de la noción de epistemología que se refiere al “análisis crítico de las premisas de una actividad cognitiva”. Dicho análisis implica una permanente vigilancia epistemológica de las operaciones implicadas en tales procesos. Asimismo, dichos autores conciben a la investigación como una “juntura” entre “conocer y pensar”, como “una *región fronteriza* entre conocimiento como posibilidad, como necesidad y como intervención histórica: la producción de Sujetos y Objetos de conocimiento en las prácticas de investigación tiene como horizonte saberes, disciplinas y ciencias históricamente constituidas”. En tal sentido, investigar es de algún modo “habitar la frontera entre la razón y la sinrazón” (Escolar y Besse, 2011: 12-13).

Esta noción de lo “fronterizo” es sumamente interesante y comienza a desarrollarse en los llamados *estudios poscoloniales*,⁵ siendo entonces la *epistemología fronteriza* un “espacio bisagra entre estrategias globales e historias locales” (14), que en nuestro caso estaría aplicado a la relación entre la historia global del trabajo social y las historias particulares, locales,

⁵ Enmarcados en esta denominación se encuentran los llamados “estudios subalternos”, el afrocentrismo, el post-occidentalismo y la crítica al Orientalismo. Un importante antecedente son los estudios llevados a cabo en los años ochenta por Ranahit Guha, un historiador hindú que en *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos* cuestiona cuándo, por qué y quién decide que determinado acontecimiento o acto debe ser considerado como histórico y otros no (2002: 17). Su crítica apunta sobre todo a la “historia oficial”, a su utilización, denunciando lo que denomina “estatismo”.

regionales. Walter Mignolo⁶ entiende que la reflexión sobre espacios geográficos y localizaciones epistemológicas es posible, y es promovida por las nuevas formas de conocimiento que se están produciendo en las zonas de legados coloniales. Este autor recupera la idea de *pensar en situación* en el sentido que pensar *la* situación es pensar *en* situación. Ello implica poder poner en diálogo y debate, y buscar “intersecciones” entre los autores locales, latinoamericanos, con los europeos o norteamericanos (Escolar y Besse, 2011:15).

En virtud de los valiosos y originales aportes de estas nuevas y renovadas perspectivas en América Latina, haremos una mención especial. El Congreso Mundial de Sociología, celebrado en Montreal en 1998, tuvo como tema convocante “Alternativas al eurocentrismo en el pensamiento social latinoamericano contemporáneo” y constituyó un espacio de debate frente a la tendencia a la hegemonía del pensamiento único neoliberal y el escepticismo de la posmodernidad. Entre los asistentes se encontraban Walter Mignolo, Aníbal Quijano,⁷ Enrique Dussel,⁸ Arturo Escobar, Santiago Castro-Gómez y Edgardo Lander.⁹ Varios de ellos forman parte del Grupo Modernidad/Colonialidad. Sus producciones, en diálogo con el análisis del sistema-mundo de Wallerstein, constituyen un invaluable aporte del pensamiento latinoamericano poscolonial en la elaboración de ciertas categorías de análisis para poder pensar críticamente la realidad latinoamericana desde el inicio del siglo XXI. Entre ellas podemos destacar: la colonialidad como “lado oscuro” de la modernidad, la triple dimensión de la colonialidad (la colonialidad del poder, del saber y del ser), la diferenciación entre colonialismo y colonialidad,¹⁰ la diferencia

⁶ Walter Mignolo, semiólogo argentino y profesor de literatura en la Universidad de Duke, Estados Unidos, es una de las figuras centrales del pensamiento poscolonial latinoamericano y fundador del *Grupo Modernidad/Colonialidad*.

⁷ Aníbal Quijano Obregón, sociólogo y teórico político peruano, es director de la cátedra América Latina y la Colonialidad del Poder en la Universidad Ricardo Palma de Lima, y profesor del Departamento de Sociología de la Universidad de Binghamton, Nueva York, Estados Unidos.

⁸ Enrique Domingo Dussel Ambrosini, filósofo e historiador argentino residente en México, es uno de los fundadores de la corriente de pensamiento denominada Filosofía de la Liberación.

⁹ Edgardo Lander, sociólogo venezolano, es profesor titular de la Universidad Central de Venezuela e investigador asociado del Transnational Institute. Fue uno de los organizadores principales del Foro Social Mundial de 2006, que se llevó a cabo en Caracas. Sus últimos escritos abordan la cuestión del eurocentrismo en las ciencias sociales y la colonialidad del saber.

¹⁰ Mientras que “colonialismo” hace referencia a la ocupación militar y la anexión jurídica de un territorio y sus habitantes por parte de una fuerza imperial extranjera, “colonialidad” se refiere a la

colonial y transmodernidad, el hemisferio occidental/el Atlántico norte, y el pensamiento fronterizo.

Puede caracterizarse a este grupo como articulador de diversas corrientes del pensamiento crítico latinoamericano de los setenta, como la teología de la liberación, la teoría de la dependencia, la filosofía latinoamericana, los estudios poscoloniales y subalternos, la pedagogía liberadora de Paulo Freire, los estudios culturales, el marxismo, la filosofía afrocaribeña, el feminismo y el posestructuralismo, con el pensamiento crítico europeo y estadounidense de los ochenta y los noventa.

En el caso particular de Argentina, existe una larga tradición al respecto. Desde las últimas décadas del siglo XIX surgen diversos pensadores que cuestionan la historia oficial recuperando la figura de los caudillos federales, considerados por el pensamiento liberal y conservador como la máxima expresión de la “barbarie” frente a la “civilización occidental”, y a mediados del siglo XX queda conformada una corriente historiográfica denominada “revisiónismo histórico”, que no solo pone en jaque a las teorías sociales o económicas sino que además interpela la colonización pedagógica y el eurocentrismo en el campo de las ciencias sociales. Luego de décadas de proscripción, persecución y olvido, hoy comienzan a tener una importante presencia en la formación e investigación académica, y sus textos y estudios sobre sus obras vuelven a editarse.¹¹

Por otra parte, para los fines de nuestro tema, y dada la histórica subalternidad de la profesión y sus profesionales, conformada en su inmensa mayoría por mujeres, se hace imprescindible apelar a los aportes del feminismo y a la categoría de género, grandes ausentes en la historiografía del trabajo social latinoamericana. Estas perspectivas posibilitarían ampliar la mirada, incorporar nuevos ejes de análisis, formular nuevos interrogantes y, en particular, interpelar la negación, invisibilización y tergiversación del legado de nuestras pioneras-fundadoras en la historiografía actual.

A modo de ejemplo, podemos señalar las contribuciones de Mary Jo Deegan, que devela y describe la *doble discriminación sexual disciplinar* que sufrieron las primeras sociólogas (devenidas) trabajadoras sociales por

“lógica cultural” del colonialismo, que aún persisten.

¹¹ Entre sus principales representantes podemos nombrar a Arturo Jauretche, Raúl Scalabrini Ortiz, Ferrnín Chávez, José M. Rosa y Juan J. Hernández Arregui.

parte de los “varones” de la academia, haciendo especial referencia a la Escuela de Chicago, en la cual Jane Addams fue su principal exponente.

Debido a los mecanismos de exclusión imperantes, el trabajo social pasó a estar dominado por mujeres y la sociología científica por varones, y un dato interesante es que muchas mujeres sociólogas devienen trabajadoras sociales al no poder insertarse profesionalmente en los cerrados y patriarcales ámbitos académicos de la sociología. Los círculos académicos de Chicago consideraban la recolección de datos cuantitativos y estadísticos como una tarea de mujeres, una técnica metodológica no científica ni sociológica, por lo cual fueron eliminadas de sus registros académicos (Deegan, 2005: 46).¹²

Sin embargo, a pesar de que su figura fue opacada durante décadas en su país, y fue ignorada en el trabajo social latinoamericano, Addams puede ser considerada la mayor pensadora de la profesión y un modelo para la misma (Deegan, 2005:8). Partiendo de los supuestos del pragmatismo crítico, el feminismo cultural y el socialismo fabiano, fue una figura clave para interpretar la vida americana y sus valores y para conformar un “pensamiento americano”: la transformación y consolidación de la sociología aplicada de la Escuela de Sociología de Chicago (Deegan, 2005: 24).

Por su parte, María Luisa Femenías, en diversas producciones individuales y colectivas, avanza en la identificación y denuncia de los “sesgos de género y el androcentrismo de las disciplinas” (Femenías y Soza Rossi, 2011: 11). Junto a Paula Soza Rossi, se proponen consolidar un “feminismo transnacional, paradójicamente nacido de un saber local y situado”, analizando cómo “el problema de la globalización se tensa justamente con las fuerzas de localización identitaria con graves consecuencias para las mujeres”. Reivindica entonces dos conceptos clave: la noción de “*políticas de localización* de Adrienne Reich (1996)” y la de “*saberes situados* de Dona Haraway (1991)” (Femenías, 2006: 99). Retomando argumentos de De Lauretis con respecto a las mujeres científicas, señala una paradoja en el sentido de que, en tanto mujeres,

¹² Esta misma situación se presenta con las graduadas en psicología. Un caso paradigmático es el de Jessie Taft, brillante discípula de George H. Mead y William I. Thomas. Su tesis doctoral, publicada en 1915, *The Woman Movement from the Point of View of Social Consciousness* da cuenta de esta situación. Para ampliar, consultar García Dauder (2005).

Están al mismo tiempo *ausentes en el discurso* (en este caso la ciencia)¹³ *pero atrapadas en él*. Los discursos hablan constantemente *de* ellas, pero ellas no son los sujetos que enuncian el discurso sino sus objetos o sus intermediadoras. Efectivamente, sólo tardíamente han podido comenzar a *reconocer y rastrear un discurso propio*. Por lo tanto, para De Lauretis, toda reflexión feminista debe tomar como centro esa paradoja y reconceptualizar tanto al “sujeto” como resignificar su marginalidad y exclusión. Las mujeres se constituyen ahí como emergentes de una ubicación desidentificada y autodesplazada que expresa el movimiento social, subjetivo / externo, interno / político y personal que llevan a cabo (Femenías, 2011: 13).

Si coincidimos con el planteamiento de Pierre Bourdieu sobre el poder casi mágico de nombrar, en el sentido de dar existencia explícita por el efecto de la “nominación”, y la relación que el autor señala entre la capacidad de nombrar y el poder que ello conlleva, podemos afirmar entonces que “un ‘saber situado’ se construye a partir de una política de desplazamientos de saberes hegemónicos” (Femenías y Soza Rossi, 2011: 15). Si el “lenguaje significa libertad” y nombrar es poder, “el silencio es opresión y violencia” y por ello es preciso “transformar el silencio en lenguaje y acción” (Reich, citada por Femenías, 2006:99). Ello es posible recuperando aquellas voces silenciadas, los puntos de vista de las “olvidadas de la historia”, las cuales permitirán localizar y situar “cierto bagaje teórico organizado como explicación diversa de los discursos hegemónicos” (Femenías, 2006:99).

Haciendo un paralelismo entre feminismo y trabajo social latinoamericano, y para poder diferenciar en ambos casos, las características fundacionales (provenientes de Europa y Estados Unidos) de las particularidades que adquirieron en nuestro continente, proponemos recuperar las nociones de “*mestizaje*” y “*fronterizo*”. Ambos son “foráneas”, fueron importados,¹⁴ lo cual nos remite al tema del “origen”, y en el caso del trabajo social abre la puerta a numerosos interrogantes sobre ¿qué es lo que realmente llegó a nuestro continente de aquellas propuestas teórico-metodológicas, de sus principios ético-filosóficos, de las ideas progresistas, reformistas, feministas, pacifistas, antiimperialistas y socialistas de las pioneras inglesas y

¹³ Y en nuestro caso en la historiografía del trabajo social.

¹⁴ Nos referimos al feminismo como sistema de pensamiento y perspectiva política, y ello implica reconocer el papel que cumplieron figuras relevantes en nuestro continente, como “Juana Inés de la Cruz (1651-1695) *primera feminista* de América, al decir de Octavio Paz” (Femenías, 2006: 109).

norteamericanas? ¿cómo fue “interpretado” por las corrientes conservadoras enroladas en la Unión Católica Internacional de Servicio Social (UCISS), que tuvieron un lugar destacado en la formación profesional en la región? ¿por qué fueron desterradas posteriormente por la Reconceptualización?

Como ya señalamos, desde estas nuevas epistemologías se desafía la idea de la “frontera” como “mera línea que divide dos ámbitos diferentes”, y se la concibe como “el espacio de gestación y producción de significados nuevos”, como “una suerte de membrana porosa que favorece capilarmente la circulación de los significados” (Anzaldúa, citada por Femenías, 2006:113). Desde allí se hace posible cuestionar la existencia del “origen” y de la “pureza” étnica, cultural o teórica, ya que es inevitable la mutua penetración. Nos libera del pánico al sincretismo, al eclecticismo, típico del pensamiento único y de los paradigmas con pretensiones onmicomprensivas. Para Femenías, “el mestizaje es el lugar de la ambigüedad, del abandono de las dicotomías excluyentes y de los esquemas precisos y rígidos; es el sitio de la falta de homogeneidad” (113). La noción de “teorías transhumantes” (15) nos obliga a dejar de lado la idea de conceptos “puros u originales” y admitir que las teorías “viajan”, “se transforman adquiriendo componentes estructurales propios” (De Lima Costa, citada por Femenías, 2006: 15-16). Sin embargo, hasta ahora en nuestro continente y en nuestra profesión este viaje se ha realizado *en una sola dirección*, ya sea desde el punto de vista geográfico como del teórico. Volveremos más adelante sobre el tema.

Retomando el planteamiento de Cora Escolar, “sin desconocer el principio de razón que las funda”, es necesario poder “pensar la singularidad de cada práctica de investigación” (2011: 16). Siguiendo a Deleuze, sostiene que “las teorías son focales, limitadas, aplicables sólo a un campo concreto. Ninguna puede abarcar nuestra experiencia diaria, en su enorme complejidad” (Escolar, 2011: 21). Por ello debemos ponerlas a dialogar, confrontarlas, abrirlas a la posibilidad de complementarse.

Mestizaje implica encuentro y el encuentro diálogo y confrontación. Es una invitación para decidimos a *pensar por nosotras/os mismas/os*, asumiendo la mixtura de nuestro ser y estar como trabajadoras/es sociales latinoamericanas/os y animarnos poner a debatir en términos de igualdad

a las/os autoras/es europeos con las/os locales, y lo mismo con respecto a otros campos disciplinares. No dudo un instante de la riqueza que puede surgir de un diálogo entre Eva Perón y Jane Addams, Mary Richmond o Charlotte Towle sobre la dimensión política de la asistencia social como un derecho, o de lo fructífero de un diálogo (en tanto se realice en condiciones de igualdad) con las cercanas disciplinas de las ciencias sociales y humanas. Por supuesto que ello tiene un requisito previo: estar convencidas/os de que tenemos algo para aportar, aunque lamentablemente desde la propia profesión no todos lo aceptan.

Como nos advierte Femenías, la “mezcla” seguramente provoque algunas confusiones, y señala que justamente “esa confusión sea un fiel reflejo de la idiosincrasia de nuestra cultura heterogénea y mestiza” (2006: 113).¹⁵

Como señala Nora Pagano, las crisis de las ciencias sociales van acompañadas de crisis civilizatorias: surgen nuevas perspectivas epistemológicas, paradigmas no dualistas que integran las relaciones sujeto-estructura, individuo-sociedad, subjetividad-objetividad, y la relación micro-macro, es decir, que “las rupturas sociales llevan a rupturas epistémicas”; por lo tanto, creemos que estamos en un momento, desde el punto de vista histórico y político, más que oportuno para afrontar estos desafíos.¹⁶

Retomando a Foucault, De la Fuente y Messina señalan que “el saber de una época se halla constituido por el conjunto de los regímenes de enunciados posibles, regímenes que encuentran sus límites en lo visible y lo decible en un tiempo y lugar determinados y que resultan del interjuego de reglas que hacen que emerjan algunos enunciados y no otros” (2011: 33). Siguiendo esta línea, partimos de una “primera exigencia” que implica pensar la historia rescatando a los sujetos, en este caso a nuestras/os pioneras/os, actoras/es y autoras/es, desde una concepción de la historiografía según

¹⁵ Un autor imprescindible sobre este tema es Rodolfo Kush, quien defiende el mestizaje intelectual americano y él mismo se comporta y piensa de manera heterodoxa, “herética”. Tiene como referentes a Heidegger, cita a Max Scheler y a Jung, pero recupera lo cósmico y lo sagrado, la importancia del mito en América, que ilustra creativamente con la imagen de la “serpiente emplumada”. Este tema está desarrollado por el autor en *La seducción de la barbarie* (1953).

¹⁶ Esto fue claro en los procesos revolucionarios-emancipatorios y de descolonización en América Latina y, en otros continentes, en el Mayo francés; es decir, hay actores sociales y políticos que desafían las estructuras como lo fueron las mujeres, los estudiantes, el movimiento hippie y, sin temor a equivocarnos, también nuestras pioneras.

la cual “el referente último del discurso de la historia es la acción social en su capacidad para producir vínculo social e identidades” (Ricoeur, 2008: 497).

Michel de Certeau, en *La operación histórica*, se pregunta ¿qué fabrica la historia cuando hace Historia? ¿en qué trabaja y qué produce? (Dosse, 2006: 24-33). Propone el empleo del concepto de *historia* en el sentido de *historiográfico*, o sea, entendiendo por Historia una práctica (una disciplina), su resultado (un discurso) y su relación.

Para Michel de Certeau “un texto ‘histórico’ (o sea, una nueva interpretación, el ejercicio de métodos propios, la elaboración [...] el empleo de un documento, un modo de organización característico, etc.) *enuncia una operación* que se sitúa en un *conjunto de prácticas*”. Asimismo, la Historia es:

- *Escritura*: un relato que debe ajustarse a las convenciones disciplinares (como único mecanismo de validación, ya que no es literatura)
- Una *práctica*: no busca verdad sino verosimilitud
- Una *institución de saber*

En lo esencial, una investigación científica, un estudio particular, se definirá por la relación que sostenga con otros estudios contemporáneos, con un “estado de la cuestión”, con las problemáticas explotadas por el grupo y los puntos estratégicos que constituyen, de manera que cada resultado individual se inscribe en una red cuyos elementos dependen estrechamente unos de otros, y cuya combinación dinámica forma la historia en un momento dado.

Ello nos lleva inmediatamente a reflexionar sobre el lugar (o el “no lugar”) de nuestros clásicos en la formación académica, en la investigación y en la formación escrita. Abundan los textos “científicos”, resultados de investigaciones donde se afirma por ejemplo, que el trabajo social *nunca* problematizó, investigó o produjo conocimientos sobre determinados temas (por ejemplo el concepto de “necesidad”, “la noción de lo asistencial como derecho”, “el derecho a la diversidad”, “la defensa irrestricta de la democracia” etc.), cuando en realidad lo que *nunca* existió en esas “investigaciones” fue la indagación rigurosa sobre las fuentes, los

antecedentes y un completo estado de la cuestión, bases ineludibles de un trabajo con pretensiones de científicidad.

De Certeau “situó la operación historiográfica ente dos factores que se sitúan entre el lenguaje de ayer y el contemporáneo, el del historiador” y logra captar “el descubrimiento del otro, de la alteridad, como constituyente del género histórico y, por lo tanto, de la identidad del historiador” (Dosse, 2006: 24-25).

En tal sentido, Hugo Zemelman señala el desafío de “organizar nuevas formas de pensar y de construir discursos” que interpelen el concepto de ciencia, de método, así como las formas de “conceptualizar la realidad a partir de la presencia de sujetos que la construyen” (2011: 27-29). Nos invita a “pensar al hombre”, y en nuestro caso a la historia del trabajo social, en su “doble movimiento”: el de “la memoria, el movimiento de recomposición de lo ocurrido y de lo que explica lo que pasa hoy [...] el viaje hacia el pasado y el viaje hacia el mañana [...] que es el viaje a la utopía y cómo se le da una función epistémica” (2011: 32). A su vez, convoca a “pensar desde la *conciencia histórica*” que se refiere a “un ángulo desde donde puedo organizar la mirada para evitar que quede aprisionada en lo dado, que no quede aprisionada en objetos clasificables, y permita incorporar esos espacios de sentido en los cuales el hombre pueda asumir su capacidad de construcción” (33).

Todo balance historiográfico requiere de dos tipos de lecturas: la primera es de “carácter exploratorio”, y su “función es identificar textos relevantes, libros, capítulos, artículos o fragmentos de textos de un determinado tema. La segunda es analítica, crítica y rigurosa. Se elabora con los textos escogidos en la revisión inicial (Ramírez Bacca, 2010: 32-33).

El análisis crítico es lo que los historiadores denominan “crítica textual” o “crítica de textos, libros o artículos”, que en su conjunto llaman fuentes secundarias. Para la elaboración de una crítica textual se determinan ciertos criterios de lectura que se centran en el “análisis sobre las teorías y herramientas analíticas, el método de trabajo, el enfoque de la explicación, los temas tratados y las fuentes de información utilizadas” (Ramírez Bacca, 2010: 33).

Es evidente entonces que la tarea de reconstruir la historia disciplinar, comprender o dar respuesta a interrogantes sobre el proceso de profesionalización del trabajo social, sus orígenes, fundamentos teórico-filosóficos, sus corrientes de pensamiento o propuestas metodológicas, no puede prescindir del uso de *fuentes primarias*. Las fuentes primarias son “los originales de documentos, libros y otro tipo de publicaciones, impresas o no, de autores específicamente tratados” en la investigación, “*en la lengua que han sido gestados*; en su defecto, ediciones críticas o anotadas de ellos” (Dei, 2002: 2).

Las fuentes secundarias son diversos materiales bibliográficos o documentales “sobre” el objeto de estudio, es decir, que se refieren a él.

Es evidente (y ya a estas alturas de “sentido común”) que si, por ejemplo, tuviéramos intenciones de hacer un estudio crítico sobre algún aspecto del pensamiento de Mary Richmond, debemos leer su producción escrita, sus discursos e informes, y en la medida de lo posible en idioma original. Sin embargo, las críticas a esta autora se basan generalmente en la repetición mecánica de textos, los cuales, a su vez, carecen *absolutamente* de un tratamiento adecuado de las fuentes.

Como advierte Umberto Eco, “la distinción entre las fuentes y la literatura crítica ha de tenerse presente, pues con frecuencia la literatura crítica reproduce parte de las fuentes” que en este caso serían “*fuentes de segunda mano*.”¹⁷ Además, una investigación apresurada y desordenada fácilmente puede llevar a una confusión entre el discurso sobre las fuentes y el discurso sobre la literatura crítica (2002: 62).¹⁸

Por su parte, Saltalamacchia (2002) plantea que los estudios de revisión bibliográfica requieren de un bagaje técnico-instrumental que permita acceder al universo de sentidos, ideas, significados, fundamentos, supuestos,

¹⁷ Cursiva del autor.

¹⁸ Podríamos dar innumerable cantidad de ejemplos de interpretaciones erróneas sobre los conceptos de “cliente”, “adaptación” o “responsabilidad”, que se resolverían con solo “preguntarle” a la autora cuál era su perspectiva al respecto. Podríamos también descubrir sus ideas políticas respecto a la democracia, el derecho a la diversidad, la participación activa de los sujetos en el proceso de intervención, la importancia de la investigación, etc. También he escuchado críticas de docentes universitarios respecto a la falta de bibliografía en la obra de Mary Richmond traducida al castellano, como *Caso social individual*, en el cual aparecen citas bibliográficas solo en pie de página. Como ya señalamos, una traducción no es una fuente primaria, de manera que si hubieran consultado el texto original en inglés habrían encontrado la bibliografía, que vaya a saber por qué razón no fue incorporada en la edición de la editorial Hvmánitas.

hipótesis de los autores, y para ello es sumamente útil realizar “entrevistas” a cada autor, al cual accedemos a través de su legado escrito. Ello permite, en primer lugar, realizar una reconstrucción del sistema de pensamiento/categorial de cada autor/a en estudio, para, en un segundo momento, someterlo a un proceso de análisis y reflexión a partir de las categorías propias y de los supuestos desde donde se partió en la investigación.

También consideramos fundamental la reconstrucción biográfica y de las trayectorias profesionales, académicas y políticas de quienes tuvieron un papel determinante en la historia de la profesión. Para ello hemos apelado al método biográfico entendido como “los procedimientos seguidos para organizar la investigación alrededor de un yo individual o colectivo que toma forma narrativa incorporando sus descripciones de experiencias y sucesos y sus interpretaciones” (Sautu, 1999: 21-32). Denzin, citado por Sautu, lo define como “el uso sistemático y colección de documentos vitales, los cuales describen momentos y puntos de inflexión en la vida de los individuos. Estos documentos incluyen autobiografías, biografías, diarios, cartas, notas necrológicas, historias y relatos de vida” (21-32). Para esta autora, tanto la “biografía como las historias y relatos de vida constituyen géneros narrativos en los cuales se cruzan perspectivas y estilos provenientes de diversas disciplinas, desde la literatura hasta la historia” (21-32). Recurrir a estas figuras centrales de la vida intelectual, académica y política de Estados Unidos y del trabajo social en particular, no significa, como algunos sostienen, reducir la historia de la profesionalización a protagonismos o trayectorias particulares o a la consagración de héroes y heroínas “de bronce”. Como todo enfoque teórico-metodológico, tiene ventajas y desventajas, pero consideramos que, sin dudas, es “imprescindible adoptarlo si deseamos comprender las fuerzas motivadoras de la evolución intelectual, esas percepciones, intuiciones profundas y descubrimientos de seres individuales”. Su desventaja es que puede implicar el “reducir la historia de un momento histórico o de una disciplina a aspectos puramente biográficos”, de allí nuestra permanente preocupación por no perder de vista los aspectos contextuales o los planos de análisis más amplios (Nisbet, 2003: 15).¹⁹

¹⁹ Conocer las historias de vida de nuestras pioneras norteamericanas permitiría además evitar comentarios machistas, de nula rigurosidad científica, respecto a su supuesta “soltería”; dado que, muy

Retomando a De Certeau, hoy asistimos a lo que algunos autores denominan “revolución documentaria”. “El establecimiento de las fuentes requiere hoy también un gesto fundador”. No se trata solo de hacer hablar a esos “inmensos sectores durmientes de la documentación y dar voz al silencio [...] sino que implica pensar y hacer de otro modo, trastornar los métodos, los instrumentos, los marcos teóricos, mediante acciones instituyentes y técnicas transformadoras” (Kush: 87).

Si bien, como ya lo mencionamos, desde hace más de una década se observa un renovado interés por la investigación histórica-disciplinar, el camino recién se inicia y con serias dificultades, entre ellas la carencia de una tradición histórica al respecto. Por otra parte, el fuerte sesgo ideológico que caracterizó a las primeras producciones surgidas en épocas de la reconceptualización, muchas de ellas realizadas además por profesionales de otros campos disciplinares (y casi en un ciento por ciento varones), tienen una mirada descalificadora sobre nuestra profesión. Sin embargo, lo más grave es dar por supuesto que el trabajo social no ha producido nada de valor. Ello quizás explique el escaso interés que genera aún el rastreo histórico tanto en los trabajos finales de graduación como en las tesis de posgrado.

Otra dificultad reside en la escasez de un acervo documental, sobre todo en lo que respecta a registros de las prácticas profesionales, que permitan dar cuenta de las intervenciones de nuestras/os antecesoras/es, su intencionalidad, objetivos, marcos teórico-filosóficos que las sustentaban, técnicas e instrumentos utilizados, entre otros aspectos.

A ello se suma la casi inexistencia, en las bibliotecas de las universidades, de textos y documentos en lengua original producidos en Europa y Estados Unidos en el proceso de profesionalización, aunque esto es válido también respecto a la rica producción actual a nivel continental. ¿Qué biblioteca en Latinoamérica cuenta con las obras de Octavia Hill sobre las políticas de vivienda en Londres, los informes parlamentarios sobre las leyes de pobres, elaborados en 1909, los escritos de Jane Addams sobre ética y democracia, las producciones de Charlotte Towle sobre necesidades

por el contrario, la gran mayoría de ellas eligieron a otras mujeres como compañeras de vida, dato además que no ocultaron. Algunas hasta tuvieron el coraje, apenas iniciado el siglo XX, de adoptar dos niños, como el caso de Virginia Robinson y Jessie Taft.

humanas y bienestar social, las obras de G. Hamilton, Perlman, Jessie Taft o V. Robinson? La lista sería interminable y la respuesta sería seguramente: casi ninguna. Felizmente, las universidades europeas y norteamericanas están llevando a cabo la edición digital de textos y documentos antiguos, que “esperan ser des-cubiertos”.

Por último, un gran obstáculo es la tardía y baja calidad de algunas de las traducciones. Como ejemplo, basta señalar que recién en 2005 se realizó la traducción completa de una obra fundamental como *Social diagnosis*, gracias a la edición que realizó el Consejo General de Diplomados en Trabajo Social y Asistentes Sociales de España.

Si partimos de la premisa de que el ejercicio de la crítica requiere como condición imprescindible el conocimiento profundo y riguroso de aquello que constituye su objeto, pensemos solo un instante si esta situación podría ser posible en otras disciplinas de las ciencias humanas y sociales. Es inimaginable la idea de que los psicoanalistas, los antropólogos o los marxistas recién estuvieran teniendo acceso a sus clásicos a principios de este siglo, que desconocieran la mayor parte de sus producciones, y que además estos no figuraran en las bibliotecas de sus universidades.

El lugar, la importancia que le otorgamos a nuestro acervo de conocimientos, tiene que ver con el valor que le otorgamos a la revisión de los clásicos. De Certeau se pregunta qué es una “obra de valor en historia”. Y señala que “es una obra reconocida por sus pares, la que puede situarse en un conjunto operatorio. La que representa un progreso con relación al estatuto actual de los ‘objetos’ y los métodos históricos que, vinculada al medio en la que se elabora, posibilita, a su vez, nuevas investigaciones” (s.r.).

2. La necesidad de una mirada crítica sobre la historiografía en trabajo social

La historia de la historiografía como rama de la Historia consiste en “estudiar, analizar y reconstruir esas múltiples tradiciones intelectuales, junto a esos debates, teorías, conceptos, paradigmas y modelos utilizados por los distintos historiadores en el ejercicio cotidiano de su oficio” (Aguirre Rojas, 2010:12).

De esta manera, habiendo pasado medio siglo desde las indagaciones históricas sobre los orígenes y la naturaleza de la profesión, realizadas en Latinoamérica a partir de los años sesenta y setenta, consideramos más que necesario realizar un *balance historiográfico*, un *estado de la cuestión*, sobre lo producido hasta la fecha y sobre sus perspectivas, contenido e intencionalidades.

Ello implica revisar *cómo* se escribió esa historia, desde qué perspectivas o “lentes” se la miró, sin dejar de lado el análisis de la *selección*, el uso de las *fuentes* y el lugar otorgado al estudio de los *clásicos*. A su vez, implica identificar aquello que no fue estudiado, que fue negado, ignorado o descartado en la investigación académica.

Como ampliaremos más adelante, la construcción de un relato histórico sobre los orígenes y el proceso de profesionalización del trabajo social, así como del papel que desempeñaron sus protagonistas, son elementos clave de la consolidación de la *identidad profesional* y por esa razón no solo interpela a la investigación histórica sino también a la *formación profesional*.

La producción académica sobre el surgimiento y la historia del trabajo social fue escasa en América Latina hasta los años sesenta y aún hoy, las indagaciones o publicaciones sobre su configuración y desarrollo a nivel regional y nacional son muy limitadas y disminuyen a medida que nos acercamos a las diversas realidades a nivel local, comunal o a ámbitos específicos de intervención. En la actualidad son excepcionales en nuestro medio los estudios centrados en el análisis e indagación sobre conceptos claves de la disciplina, así sobre las escuelas de pensamiento, la reconstrucción de las trayectorias profesionales, políticas y académicas de nuestras/os pioneras/os, o sobre la obra de autoras/es clásicas/os.

A su vez, se observa un gran desconocimiento sobre la lucha y activa participación de nuestras/os antecesoras/es en la construcción de diversos campos disciplinares (salud, salud mental, justicia, políticas de niñez, vivienda etc.). Sus textos, sus investigaciones, sus apasionantes historias de vida forman parte de la masa de autoras/es y textos exiliados del mundo académico.

¿Saben nuestras/os estudiantes que Edith Abbott obtuvo su grado doctoral en economía en la Universidad de Chicago en 1905, que fue directora del Departamento de Investigación de la Escuela de Chicago, donde promovió la fusión de la Escuela de Ciencias Políticas y Filantropía de Chicago y que en 1924 fue designada como la primera mujer decana de la Chicago School of Civics and Philanthropy en los Estados Unidos, cargo en el que permaneció hasta 1942? ¿Y que su hermana Grace se doctoró en Ciencias Políticas en 1909 en la misma universidad? ¿Tuvieron acceso a sus investigaciones y escritos sobre el trabajo infantil, la inmigración y la situación de las mujeres trabajadoras? ¿Saben que fueron protagonistas en la elaboración de leyes de protección social y que tuvieron un papel central en plantear “la importancia y la necesidad esencial de una administración para el bienestar público; el requerimiento de un sistema de bienestar social más humano; la responsabilidad del Estado respecto a los problemas sociales; y los aspectos sociales de la legislación” (Travi y equipo:2008b). ¿Conocen las investigaciones y propuestas para el trabajo social con familias elaboradas por Jessie Taft o Virginia Robinson, ambas doctoras de la Universidad de Chicago, militantes feministas e impulsoras del pensamiento de Otto Rank en Estado Unidos? ¿Qué obras leyeron de Virginia Satir? ¿Sabrán que son tomadas como autoras de referencia por psicólogos y psiquiatras de enorme relevancia? Y de Charlotte Towle, ¿sabrán que fue una referente central en el campo de la salud mental y en la formación profesional en la Universidad de Chicago, que fue nombrada Doctora Honoris Causa en Leyes, por la Universidad de Cleveland y que su obra más importante, “*Common human needs*”, escrita para el Departamento de Asistencia Pública de la Seguridad Social de Estados Unidos y traducida a siete idiomas, fue eliminada de los inventarios y cesó su impresión por ser considerada “socialista”? ¿Conocerán la apasionante vida de Jane Addams, que junto a Emily Balch obtuvieron el Premio Nobel de la Paz por su militancia pacifista y su labor en la Liga Internacional de Mujeres por la Paz?

El desarrollo de estudios y la divulgación de producciones escritas cobraron gran impulso en nuestro continente a partir de la reconceptualización (1965-1975) y de la creación de las primeras revistas

y del Centro Latinoamericano de Trabajo Social, CELATS. Un segundo momento podemos ubicarlo entre finales de los ochenta y principios de este siglo, periodo que ha sido denominado como “pos-reconceptualización”, y hoy nos encontraríamos en un tercer momento que puede ubicarse entre los últimos años del siglo XX hasta la fecha.

Kruse y Ander Egg señalan que Natalio Kisnerman, Renée Dupont, Juan Barreix, Enrique di Carlo y Seno Cornely constituían a mediados de los setenta el “grupo más prolífico de autores de Servicio Social en América Latina”, y para ellos “el interés por la teoría del servicio social ha sido [...], una preocupación real, por momentos obsesionante” (Kruse, 1976:128).

No es objeto de este trabajo realizar un recorrido por la historiografía del trabajo social en Latinoamérica, sino solo dejar planteada la necesidad de poner en discusión las producciones escritas realizadas en cada momento histórico, y en particular las que son utilizadas actualmente en la formación de las/os futuras/os trabajadoras/es es sociales, ya sean los típicos manuales sobre la historia del trabajo social de Ander Egg o Torres Díaz, o los desarrollados por la corriente autodenominada “histórico-crítica”.²⁰ Esta última escuela de pensamiento ha tenido un enorme desarrollo en América Latina por su vasta producción escrita y su protagonismo en la formación de posgrado en las maestrías y doctorados en trabajo social, formando una masa crítica con un claro perfil académico y gran arraigo en importantes centros de formación universitaria, en algunos de los cuales es absolutamente hegemónica y constituye la única perspectiva que se transmite en la formación.

Tampoco nos proponemos entrar aquí en el análisis de esta corriente, sino dar cuenta de algunas características centrales, a fin de señalar las diferencias con otras perspectivas emergentes. Las/os autoras/es afines a esta corriente afirman que sus miradas son “siempre macroscópicas”, inscritas predominantemente en la tradición marxista-lukacsiana, con predominio de análisis estructurales de tipo socio-económico-político. Proponen alejarse del “análisis ‘metodologista’ e ingresar al debate teórico-metodológico [...], para abandonar la perspectiva ‘epistemologista’ y adoptar una visión

²⁰ Originada a fines de los ochenta por profesores de la Pontificia Universidad Católica de São Paulo, cuyos principales representantes son José P. Netto, Marida Iamamoto, María Lúcia Martinelli y Carlos Montaña.

ontológica del ser social y de los fenómenos sociales, para criticar los análisis lineales, mecanicistas y/o ‘endogenistas’ mesiánicos o fatalistas, y realizar una crítica sobre la *naturaleza y funcionalidad histórica de la profesión*²¹ (Montaño, 1997: xi).

En su texto *La naturaleza del servicio social*, Carlos Montaño distingue dos tesis que considera contrapuestas en relación con las causas que dieron origen al trabajo social y a los actores que las protagonizaron. Para ello establece una relación “lógico-teórica a partir del “trípode *génesis-legitimación-políticas sociales*”.²² Muy sintéticamente, existirían dos tesis opuestas: “la perspectiva endogenista”, según la cual, a pesar de la diversidad de propuestas a su interior, las/os autoras/es coinciden en ver la profesión a partir de sí misma, sin considerar “la realidad (historia de la sociedad) como el fundamento y causalidad de la génesis y desarrollo profesional”, se trata de una “visión particularista o focalista”, como una “opción personal”, sin presencia de “actores colectivos”. La segunda perspectiva sería la “histórico-crítica”, que “entiende el surgimiento de la profesión como un subproducto de la síntesis de los proyectos político-económicos que operan en el desarrollo histórico” y lo explica por la “posición que ocupa en la división sociotécnica del trabajo” (1998: 9 y ss.).

Con casi nula referencia a fuentes primarias textuales o documentales, y sin establecer diferencias entre los principios fundantes del trabajo social inglés y norteamericano, claramente progresistas, de raíces socialistas, democráticas, pacifistas e incluso antiimperialistas, y las particularidades y disparidades de su surgimiento y desarrollo en América Latina, establecen generalizaciones concluyendo que “el” Servicio Social es, en términos histórico-universales, una variable de la edad del monopolio; en cuanto profesión, el Servicio Social es una variable de la edad del monopolio —éste crea y funda la profesionalidad del Servicio Social—” (Netto, 1997: 69).

Desde nuestro punto de vista, cuestionamos la generalización de una mirada hacia el trabajo social sin matices, de carácter “esencialmente conservador”, como una profesión “funcional al sistema capitalista”, como un “agente de la desigualdad” a través del “control social” de los sectores más pobres, que no abordó las causas estructurales de los problemas

²¹ Cursivas del autor.

²² Cursivas y comillas del autor.

sociales y, en cambio, remplazó la caridad y la beneficencia por prácticas tecnificadas, burocratizadas y rutinarias, orientadas por un pragmatismo meramente técnico-instrumental. También cuestionamos la visión según la cual nuestra profesión participó acriticamente de la división socio-técnica del trabajo, aceptando como propia una identidad “atribuida”, careciendo de marcos teórico-filosóficos propios que sustentaran la intervención profesional, y que el intento de darle un estatus científico a la disciplina derivó en una “*acumulación acrítica de diversas teorías* expresadas en el eclecticismo y sincretismo más extremo. Es decir, según esta corriente, careció de fundamentos basados en la investigación científica y cuando ésta tuvo lugar, estuvo orientada por fines meramente prácticos e inmediatistas (Netto, 1997:82 y ss.).

Cuestionamos también el tono “acusador” para quienes no comulgan con estas ideas, ya que ello impide el debate, el intercambio. Con cierta liviandad y afán clasificador, los autores y profesionales son agrupados en “revolucionarios/histórico-críticos o conservadores” y no en función de las corrientes de pensamiento, con ausencia de categorías teóricas que puedan captar las tensiones, las contradicciones y los matices en sus perspectivas. Como sostienen las colegas chilenas Aylwin, Forttes y Matus, este “dualismo totalizador” y “el no tener una mirada matizada y compleja del pasado, ha posibilitado, entre otras cosas, la permanencia y la aceptación de visiones en cierta forma estigmatizadoras que contribuyen al olvido y desconocimiento” (2004). Por otra parte, es una grave falta de respeto a la trayectoria militante y de compromiso político de gran parte de nuestras antecesoras y de colegas latinoamericanos que sufrieron todo tipo de persecuciones y hasta pagaron con su vida la defensa de sus ideales.

Frente a esta corriente de pensamiento, existen otras miradas (que difícilmente pueden encasillarse en alguna de estas dos “tesis”), que desde hace más de una década están cobrando fuerza en el país y en otras latitudes, en un movimiento de “rescate”, revalorización de la profesión y de la “pasión por el oficio” en términos de Teresa Matus). Una suerte de “revisiónismo histórico” que intenta superar los paradigmas totalizantes y omnicomprendidos, así como el uso casi excluyente de dimensiones macro-estructurales para la comprensión del surgimiento de la profesión,

en el cual sus protagonistas están prácticamente ausentes, sus acciones desvalorizadas y sus producciones escritas desconocidas o apenas mencionadas en fragmentos descontextualizados.

Los puntos en común, el empeño por el estudio riguroso de las obras, los documentos e informes de cada época, las reconstrucciones biográficas y la convicción sobre la implicancia de la historia en la formación y consolidación de la identidad profesional, dieron lugar a la conformación de diversos programas y equipos de investigación, y en nuestro caso a la creación del GIITS.

A su vez, un número cada vez más creciente de colegas nos propusimos, desde diversos enfoques (feministas, hermenéuticos, genealógicos, posestructuralistas, humanistas, dialécticos, constructivistas, “poscoloniales”, etc.), recuperar las voces olvidadas, intencionalmente silenciadas, incluyendo a su vez una mirada desde la *perspectiva de género*, que permita interpelar cierta caricatura de las primeras trabajadoras sociales como “conservadoras garantes del orden moral”, sumisas, con escasa autoestima, con una simple vocación de servicio sin ningún otro objetivo que “hacer el bien”, etc. La finalidad es aproximarnos a nuevas visiones, basadas en fuentes primarias, que permitan captar las contradicciones, dar cuenta de lo que significó hace más de un siglo, irrumpir en el ámbito público (absolutamente reservado para los varones), militar, participar activamente en los movimientos de mujeres, abolicionistas, sufragistas, pacifistas, antiimperialistas, proponer trascendentales reformas legislativas, y llevar a cabo la organización y administración de las obras más importantes en el área de acción social, tanto a nivel estatal como privado.

Nos abocamos entonces a la necesidad de re-construir una historia del trabajo social que recuperara la voz y las obras, el pensamiento, la acción y las trayectorias profesionales, académicas y políticas de sus protagonistas en cada momento y lugar. Y fue esa búsqueda lo que nos obligó a acercarnos al “oficio de historiador” y a indagar sobre aspectos epistemológicos vinculados con el surgimiento y la construcción de los saberes y las prácticas disciplinares.²³

²³ En mi caso particular, llegué a la historia de la profesión a través de los estudios de género, de la historia de las mujeres y del feminismo. ¿Cómo era posible que desde estos estudios se reivindicara a mujeres “trabajadoras sociales” por su luchas y logros, a las que yo nunca había oído nombrar?

3. Acerca de la “invención” del trabajo social

Como lo hemos señalado en otros trabajos, observamos en el discurso y en ciertos textos referidos a la historia disciplinar, la presencia de “a priori históricos”, que se repiten mecánicamente y que aparecen como “categorías inmanentes desde donde se constituyen tanto las condiciones de posibilidad de un saber, sus principios de ordenamiento, sus formas de enunciabilidad y sus regímenes de verdad” (Foucault, 1969, citado en Fernández, 1993, s.r.). Ello se agrava debido a los prejuicios, a las miradas “ideologizadas”, de todo lo que viene del “Norte” y a la demonización de ciertas figuras y de ciertos conceptos (como control, adaptación, tratamiento, asistencia, caso, etc.).

Los historiadores de la ciencia coinciden en la tarea ineludible de recuperar y estudiar los autores clásicos y las corrientes de pensamiento para la reconstrucción de cualquier campo disciplinar. A su vez, diversos autores desarrollan la hipótesis de que hoy todas las disciplinas de las ciencias humanas viven un verdadero “giro histórico”. Identifican una “nueva sensibilidad teórica más atenta a la dimensión temporal de los fenómenos”. Señalan que la noción de “régimen de historicidad” es la que “mejor traduce la modalidad propiamente historiográfica de este ‘giro histórico’”. Interrogan lo que denominan “esa dialéctica revuelta de las temporalidades” (Delacroix, Dosse y García, 2010: 9-10).

Ricœur toma de Gadamer la tesis de que “el tiempo no es ya, en primer lugar, ese abismo que hay que franquear porque separa y aleja; en realidad, es el fundamento y sostén de ese proceso (*Geschehen*) donde el presente tiene sus raíces” (Gadamer, 1996: 281). Por su parte, nos dice que el historiador “no tiene enfrente sólo muertos para los que construye una tumba escrituraria; no se esfuerza sólo en resucitar a vivientes de otro tiempo que ya no son pero que fueron; intenta re-presentar acciones y pasiones” (Ricœur, 2008: 497).

En esta línea de análisis, Miguel Miranda considera que no es en la “juventud” de la profesión donde debemos buscar las dificultades e incertidumbres respecto a nuestra identidad, y sostiene que el no reconocimiento, y en otros casos la desvalorización de nuestra herencia, “quizás explique algunos problemas relacionados con la falta de identidad

que experimentan no pocos trabajadores sociales, así como las dificultades para encontrar un lugar en el mundo dentro de los equipos multidisciplinares, o la obsesión permanente de definir las funciones propias para diferenciarlas de las ajenas o los problemas de estatus” (2010: 41).

El surgimiento de un hecho histórico no puede explicarse por la sola conjunción de una serie de condiciones estructurales, sino que requiere además de la presencia indispensable de sujetos históricamente situados. Si nos referimos específicamente a la historia de la química, la psicología, la antropología o la economía, esta no podría escribirse sin referirse a Boyle, Freud, Levy Strauss o Adam Smith. Sin embargo, estos autores no son “entes aislados”, de cuyas mentes brillantes surgieron las nuevas disciplinas, sino productos históricos de un tiempo y un espacio. Por ello encaramos entonces la investigación sobre el surgimiento del trabajo social poniendo énfasis en “sus” fundamentos teóricos, filosóficos y metodológicos (sin descuidar el análisis del contexto socio-histórico-político-económico), e incluyendo variables vinculadas al mundo de las ideas, la situación de las mujeres y su acceso a la educación superior, la participación de las pioneras en los movimientos sociales y políticos, el estudio de las asociaciones creadas para luego interpretar las prácticas, el pensamiento y la voz de los actores, de los protagonistas de esta historia.

En este sentido, cobra especial interés el aporte que realiza Michel Foucault en *La verdad y las formas jurídicas*, a partir del interrogante ¿cómo se formaron los dominios de saber a partir de las prácticas sociales? En dicho texto se propone “demostrar cómo es que las prácticas sociales pueden llegar a engendrar dominios de saber, desde una perspectiva que se aleja tanto de las concepciones de la filosofía occidental prevaleciente en los siglos XVII y XVIII, en las que el sujeto es el ‘fundamento’ y ‘núcleo central de todo conocimiento’, como de los determinismos economicistas prevalecientes en cierto ‘marxismo académico’” (Foucault, 1984: 14).

Por lo tanto, considera que el sujeto no está dado definitivamente, sino en permanente construcción, “inventándose” a sí mismo. Aquí, el concepto de *invención* (*Erfindung*), tal como es presentado por Nietzsche, se opone a la palabra *origen* (*Ursprung*) como forma de diferenciar lo dado de aquello que fue “fabricado, producido” por el hombre.

Esta perspectiva es sumamente interesante, dado que la primera propuesta teórico-metodológica elaborada por Mary Richmond, surge justamente de la investigación y sistematización de prácticas pre-existentes y de la constatación de que ya se estaba ejerciendo una forma de trabajo social con resultados exitosos: “se ha enseñado con efectivo éxito antes de que existiera una ciencia o un arte de enseñar; del mismo modo, se ha puesto en práctica el servicio social de casos individuales mucho antes de la época, todavía reciente, en que se empezaron a formular los principios y los métodos” (Richmond, 1993: 11). Es a partir de dichas prácticas, y de la indagación y reflexión sobre las mismas, que el trabajo social comienza a constituirse, en términos foucaultianos, como un “dominio de saber”.²⁴ ¿Pero de qué tipo de saber se trata? ¿Un saber teórico? ¿Un saber práctico? ¿Un nuevo campo disciplinar en la intersección de las ciencias humanas y sociales? ¿Qué lugar ocupa en la “jerarquía” del saber científico?

Y hoy, aquí en esta conmemoración, podemos preguntarnos entonces ¿Cuáles fueron, que características tenían los saberes que se fueron construyendo en Cali, en Colombia, previos a la creación de las primeras escuelas de trabajo social? ¿Cuáles eran sus fuentes, sus modalidades, su intencionalidad política? ¿En qué medida fueron recuperados en la formación profesional, en la “enseñanza oficial” en esta nueva escuela? ¿Cómo se relacionaron, mezclaron o entraron en tensión las prácticas de caridad y beneficencia con los nuevos saberes provenientes de la formación académica?

Siguiendo a Foucault, también nos fueron de gran utilidad en nuestras investigaciones las nociones de *genealogía* y *el método arqueológico*. Genealogía como un “saber histórico de la lucha” de “acoplamiento entre el saber erudito y el saber de la gente “para luchar contra” la tiranía de los saberes globalizantes con su jerarquía y con todos los privilegios de la vanguardia teórica”. Como sostiene Cora Escobar, Foucault fue el primero en teorizar el tema “del poder que produce saber” (2011: 25- 27). Este poder se manifiesta como ciencia y reflexiona sobre lo que denomina “*saberes sometidos*; saberes que son una tradición de lucha, los saberes

²⁴ Es de gran utilidad para la formación profesional analizar los métodos utilizados por Mary Richmond en sus obras *Diagnóstico social* y *Caso social individual* para llegar a una definición del Servicio Social de Casos Individuales a partir del estudio de 2.800 historias sociales.

de los descalificados los locos, los presos, las mujeres y también el saber despreciado, el libro escrito hace cien años y que desde entonces se cubre de polvo en las bibliotecas. Ese saber que la ciencia no quiere para sí es el único que no va a ser integrado por el poder y, por lo tanto, el único que no va a ser arma de represión” (2011: 26). Este es sin dudas el caso de los saberes producidos por nuestras pioneras, minimizado y desvalorizado en sus inicios por la “ciencia masculina” y luego por corrientes de pensamiento que terminaron de expulsarlas de la historia.

Para Foucault, “la genealogía es gris; es meticulosa y pacientemente documentalista”. Una tarea indispensable que se deriva de ella es “percibir la singularidad de los sucesos, fuera de toda finalidad monótona, [para] captar su retorno pero en absoluto para trazar la curva lenta de una evolución, sino para reencontrar las diferentes escenas en las que han conjugado” (1980: 7).

En *La arqueología del saber* reflexiona sobre el hecho de que “las ciencias humanas no han recibido como herencia un cierto dominio ya dibujado” y que “el campo epistemológico que recorren [...] no ha sido prescripto de antemano”. Es decir, que aparecieron cuando el hombre se convirtió en un “objeto científico” y “el surgimiento de cada una de las ciencias humanas aconteció en ocasión de un problema, de una exigencia, de un obstáculo teórico o práctico” (2008: 179 y ss.).²⁵

Como ya se mencionó, otra perspectiva a considerar, a partir de la cual surgen hallazgos sumamente enriquecedores, es el *feminismo* y los denominados “estudios de la mujer”. Un elemento clave y distintivo del Movimiento Reformista en Inglaterra y Estados Unidos, entre fines del siglo XIX y 1920,²⁶ es la *participación activa de las mujeres* y sus luchas por la *emancipación*.²⁷ El fin de siglo y sus arrolladoras transformaciones también trajeron consigo importantes rupturas en cuanto a la dicotomía público-privado, que confinaba a las mujeres a una única misión y destino

²⁵ Desde esta perspectiva, para el caso de la historia del TS en Argentina, se han realizado importantes avances a partir de la “construcción de nuevos campos de diálogo y debate dentro de la disciplina y con otros dominios del saber”, tal como lo expresa en su obra Alfredo Carballada (2004: 7).

²⁶ Considerado como el fin de la “era progresista” en Estados Unidos.

²⁷ Sobre “pensamiento crítico” en Trabajo Social ver: Travi, Bibiana (2008a). “La recuperación y visibilización de las prácticas y pensamiento críticos en el proceso de profesionalización del Trabajo Social. Aportes para la formación profesional”. II Encuentro Argentino y Latinoamericano: “Prácticas sociales y pensamiento crítico”. Escuela de Trabajo Social; Universidad Nacional de Córdoba. 4 y 5 de Julio.

de ser madre y esposa. Así, hacia fines del siglo XIX emerge una “nueva mujer”, que comienza a “invadir” el espacio público cuestionando la desigualdad entre los sexos y reclamando autonomía y libertad.

Sin dudas, en especial para las mujeres de clase media y alta, la participación en las diversas asociaciones y movimientos surgidos en la época, representó una alternativa frente a las escasas posibilidades de inserción en la vida pública (Menand, 2001: 316), y a su vez significó *espacios de emancipación*, aunque con altos costos personales y familiares. Muchas de ellas tuvieron que optar entre su “vocación” y su destino de ser una “buena esposa” como alternativas irreconciliables. La participación en diversas organizaciones sociales y sindicales, fue “convirtiendo” a la “visitadora” y trabajadora de la caridad en activista política y profesional, investigadora y docente, y en miembro, fundadora o directora de numerosas instituciones públicas o privadas.

Los aportes desde el punto de vista epistemológico y teórico-metodológico de las teorías feministas y la perspectiva de género permiten avanzar en la comprensión de la *tensión/contradicción “mundo público-privado”*, elemento central para evitar análisis caricaturescos, superficiales y erróneos, sobre estas mujeres que son presentadas en cierta bibliografía como “señoras” con un plácido pasar económico, una vida familiar armoniosa, conservadoras y moralistas, que actúan con la ilusión de servir, por el deber moral de ayudar al prójimo o para ocupar su tedioso tiempo libre. Como se pudo constatar a través de investigaciones y de nuestra propia indagación sobre sus historias de vida, lo que ocurrió fue justamente lo contrario. Como dirá Miguel Miranda, ellas estuvieron involucradas en todas las luchas políticamente incorrectas.

Los estudios históricos coinciden en que un punto de inflexión en sus trayectorias fue el acceso a la educación superior, ya que contribuyó al surgimiento de “una clase media de mujeres educadas y profesionales, fundamentalmente solteras: la Mujer Nueva, que será cantera del feminismo norteamericano del XIX” y del movimiento de reforma social.²⁸

Tenemos pendiente realizar estudios de este tipo en nuestro continente, en nuestras universidades, pero podemos constatar que, tal como sucedió

²⁸ Para ampliar este tema: Duby G. y Perrot Michelle (comp.) *Historia de las Mujeres*. Tomo VIII, Siglo XIX. Madrid: Taurus.

en Cali en los años sesenta (Torres et al, 2005: 47), una vez que se crearon las primeras escuelas, no se conformaron con ello, y el paso siguiente fue demandar un nivel más elevado de instrucción, que se concretó posteriormente con el acceso a la formación universitaria.

4. Investigación histórico-disciplinar, identidad y formación profesional

Siguiendo el planteamiento de Ricœur, “la memoria es incorporada a la constitución de la identidad a través de la función narrativa. Y como la configuración de la trama de los personajes del relato se realiza al mismo tiempo que la historia narrada, la configuración narrativa contribuye a modelar la identidad de los protagonistas de la acción al mismo tiempo que los contornos de la propia acción” (2008: 115). Apelando a Hannah Arendt, ella nos recuerda que el relato dice “el quién de la acción”. Así, con la imposición de un relato, la memoria “impuesta” se equipara a la memoria ‘autorizada’, la historia oficial, la historia aprendida y celebrada públicamente”.²⁹

Esta *memoria enseñada* se produce en algunos ámbitos académicos a través de la lectura de textos sin citas textuales de los autores a quienes se critica, sin identificación ni recuperación de las trayectorias de los protagonistas de cada momento histórico, o con “fichas de cátedra” de dudoso rigor científico, donde prevalece la interpretación ideologizada. A su vez, la noción de “crítico” se reduce con frecuencia a la acepción vulgar del término, como descalificación hacia ciertos autores, colegas, como acusación de pertenecer a determinado grupo político. Ello poco tiene que ver con el concepto de “crítica” como surgió hace más de 2000 años en la Grecia de Aristóteles, y profundizado por la tradición inaugurada por Kant y luego por el mismo Marx.³⁰

Si nos ubicamos en un nivel de análisis ético-político, podemos preguntarnos entonces ¿cuál es el deber de la memoria y, por consiguiente, en qué consiste el trabajo del historiador? Citando a Tzvetan Todorov, Ricœur (2008: 116) sostiene que “el trabajo del historiador, como todo trabajo sobre el pasado, no consiste nunca solamente en establecer hechos

²⁹ Comillas del autor.

³⁰ Este tema fue desarrollado ampliamente en Travi (2008a).

sino también en escoger los más destacados y significativos de entre ellos, y en relacionarlos luego entre sí; pero este trabajo de selección y de combinación está orientado necesariamente por la búsqueda, no de la verdad, sino del bien” (p. 50, citado por Ricœur, 2008: 116-117). Sin embargo, el papel fundamental de la memoria va más allá en tanto se constituye como “matriz de la historia, en la medida en que sigue siendo el guardián de la problemática de la relación representativa del presente con el pasado” (118).

Ello nos lleva a su vez a la relación entre memoria y justicia. Sin ahondar en el tema, siguiendo a este autor podemos decir que, en la medida en que la justicia se dirige hacia otros, el deber de la memoria es “hacer justicia, mediante el recuerdo, a otro distinto de sí”. Aquí aparece un nuevo concepto, el de deuda, ligado al de *herencia*: “debemos a los que nos precedieron una parte de lo que somos. El deber de memoria no se limita a la huella material, escrituraria u otra, de los hechos pasados, sino que cultiva el sentimiento de estar obligados respecto a estos otros [...] que ya no están pero que estuvieron” (120). En síntesis, el deber de memoria, en cuanto “imperativo de justicia”, “conciene a una problemática moral” (123).

Por otra parte, la relación entre fenomenología-sociología y viceversa dio importantes frutos y tuvo consecuencias en relación con la teoría de la acción social. “La fenomenología de la memoria en el plano de la realidad social se dirige al fenómeno transgeneracional”. Ricœur rescata el planteamiento de Schutz sobre el “encadenamiento que forman juntos los reinos de los contemporáneos, de los predecesores y de los sucesores” (169-170), quien da lugar a una fenomenología de la memoria compartida, en la medida en que “la experiencia del mundo compartida descansa tanto en una comunidad de tiempo como de espacio”.

Una revisión crítica respecto de los relatos en torno a “la historia del trabajo social” requeriría, entonces, someter a “examen los modos representativos que supuestamente dan forma literaria a la intencionalidad histórica [...] y poner en su sitio la fase escrituraria respecto de las fases previas de la explicación comprensiva y de la prueba documental”. Es decir, “sólo *juntas*, escrituralidad y explicación comprensiva y prueba

documental son capaces de acreditar la pretensión de verdad del discurso histórico”.³¹

De la mano de Ricœur podemos concluir que “la representación histórica es sin duda la imagen presente de la cosa ausente”. Algo que no está pero que nadie puede hacer que no haya existido. En tal sentido, “condición histórica” hace referencia a “ese régimen de existencia colocado bajo el signo del pasado como que ya no es y que fue” (368).

Por su parte, Reinhard Koselleck aporta el concepto de *experiencia de la historia*. Nos interesa aquí el vínculo que establece entre “el pasado advenido, el futuro esperado y el presente vivido realizado” y su concepción antropológica de la historia como historia de la humanidad, de los pueblos, la cual se convierte “a la vez en el objeto total y en el sujeto único de la historia, al tiempo que la historia se hace colectivo singular” (Ricœur, 2008: 393). Ricœur articula esta concepción con lo que Hannah Arendt denomina “pluralidad humana”: existe “una humanidad, pero muchos pueblos” (395).

En esta temporalización, la idea de progreso, novedoso, moderno, no adquiere un rango de superioridad a priori. Así, interpela la “idea de novedad unida a la de modernidad [...] que conlleva la “depreciación de los tiempos anteriores afectados de obsolescencia” (396). Este fenómeno trae como consecuencia “un sentimiento de distanciamiento” respecto de los predecesores, que tiende a anular el “sentimiento de deuda” hacia ellos. O peor aún, citando a Alfred Schütz, Ricœur señala que ello es extensivo a los mismos “contemporáneos pertenecientes a varias generaciones que viven simultáneamente”, quienes “sufren la prueba de la no-contemporaneidad de lo contemporáneo” (397). “El elogio de lo moderno hace coincidir, en el plano metahistórico, la presunta reflexión total de la historia sobre sí misma y la del momento histórico privilegiado” (403). Un aporte sustancial de Koselleck es precisamente “el doble sentido del término historia, como conjunto de acontecimientos sucedidos y conjunto de enfoques sobre estos acontecimientos” (399).

La interpretación, desde una concepción amplia, permite situarla en “el centro mismo de cada uno de los enfoques de la historiografía”

³¹ Según la tesis reivindicada por R. Chartier, citado en Ricœur (2008: 365).

y del debate “subjetividad-objetividad” (435). Aquí se pone en juego el compromiso tanto personal, social como institucional del historiador, “simple corolario de la subjetividad del conocimiento histórico en cuanto zona de conocimiento del otro” (435) y la cuestión de la “doble alteridad de lo extraño y de ser pasado”, abordada particularmente por Dilthey.³² La implicación subjetiva, lejos de ser un obstáculo, es “a la vez la condición y el límite del conocimiento histórico” (437).

Citando a Marrou, Ricœur señala que el arte del historiador nace como hermenéutica en la interrogación de documentos, que luego continúa como comprensión (esencialmente interpretación de signos), siendo su objetivo el “encuentro con el otro”, la “reciprocidad de las conciencias”.

Y con Maurice Halbwachs, dice que el fenómeno de la “memoria transgeneracional [...] garantiza la transición entre la historia aprendida y la memoria viva” (509). La noción de generación permite dar cuenta del “doble sentido de la contemporaneidad de una ‘misma’ generación” en la que participan seres de diferentes edades, donde una generación irá sustituyendo a la otra, lo que Schutz llama “triple reino de los predecesores, de los contemporáneos y de los sucesores (citado en Ricœur, 2008: 509).

Ricœur es un filósofo, especialmente preocupado por las prácticas y experiencias de los sujetos; por ello consideramos más que pertinente, para el tema que estamos abordando, esta concepción de la historiografía según la cual “el referente último del discurso de la historia es la acción social en su capacidad para producir vínculo social e identidades” (497). Desde allí, sostiene que, al igual que nosotros, los hombres del pasado fueron “sujetos de iniciativa, de retrospectiva y de proyección”, cuya consecuencia epistemológica es una fractura del determinismo histórico (493). Los sujetos-agentes capaces toman decisiones, de manera que el historiador, como señalamos en el epígrafe, “no tiene enfrente sólo muertos para los que construye una tumba escrituraria; no se esfuerza sólo en resucitar a vivientes de otro tiempo que ya no son pero que fueron; intenta re-presentar acciones y pasiones”. En esta perspectiva, “el referente

³² Dilthey añade la alteridad suplementaria por la mediación mediante la inscripción que especifica que la interpretación entre modalidades es de la comprensión: alteridad de lo extraño, alteridad de las cosas pasadas, alteridad de la inscripción se conjugan para fijar el conocimiento histórico dentro del espacio de las ciencias del espíritu” (Ricœur, 2008: 435).

último de la representación historiográfica es el viviente antiguo”, en tanto “actor de la historia pasada” (497).

Para abordar el tema del olvido y su relación con la memoria y la fidelidad del pasado, Ricœur reflexiona sobre lo que Pierre Nora denominó “lugares de la memoria” (2008: 18 y ss.). Esta noción es central para el análisis de la ruptura entre memoria e historia, la primera en tanto configuración cultural y nuevo objeto de la historia, y la segunda como reflexión de segundo grado en el sentido de “historia de la historia” (519).

Los lugares de la memoria se refieren a “marcas exteriores [...] en las que pueden apoyarse las conductas sociales para sus transacciones cotidianas”, como calendarios, banderas u otros objetos simbólicos como los colores del emblema nacional, los archivos, las conmemoraciones o los monumentos (521-522).

Siguiendo a Pierre Nora, Ricœur señala: “A la emergencia de este presente historizado se debe la emergencia correlativa de la ‘identidad’” (citado en Ricœur, 2008: 529).

El olvido aparece entonces como una permanente amenaza, en tanto “emblema de la vulneración” de la condición histórica (531). Las dificultades para su análisis radican en la polisemia del término y en la pluralidad de enfoques posibles para su abordaje.

Ricœur propone entonces “un principio nuevo de discriminación, el de niveles de profundidad y de manifestación”, en tanto que “la problemática del olvido [...] interviene en el punto más crítico de esta problemática de presencia, de ausencia y de distancia” y se ubica en el polo opuesto del “pequeño milagro de la memoria feliz constituida por el reconocimiento actual del recuerdo pasado” (533).

De todo el recorrido que realiza Ricœur, nos interesa particularmente la relación entre la fragilidad de la identidad y la manipulación de la memoria a través de la ideología, en la medida en que “por la función mediadora del relato, los abusos de memoria se hacen abusos de olvido”. Desde ya no se puede narrar todo, y es en esta necesidad de selección que se pone de manifiesto la relación entre “memoria declarativa, narratividad, testimonio, representación configurada del pasado”. Es justamente en esta configuración narrativa del pasado que se injertan las “estrategias del

olvido”. En el proceso de constitución de la identidad personal hasta las identidades comunitarias (profesionales en nuestro caso) que estructuran nuestros vínculos de pertenencia, aparece como peligro “una forma ladina de olvido que proviene de desposeer a los actores de su poder originario de narrarse a sí mismos” (572).

Así, los abusos de memoria, “bajo el signo de la memoria obligada”, tienen como complemento y correlato directo “abusos de olvido” (572-577). La “organización del olvido” opera entonces en la focalización de aspectos del pasado en desmedro de otros. Cierta “obsesión por el pasado” también es selectiva en la medida que ver determinadas cosas implica no ver otras.

Pero el historiador no puede renunciar a la tarea de transmisión del pasado. La cuestión es cómo hacerlo, y ello interpela al historiador-ciudadano y tiene connotaciones éticas en relación con el manejo de la falsificación (577).

Por último, con respecto a las “rescrituras de la identidad” y a la recuperación de la voz de los actores, consideramos de gran interés las reflexiones de Verónica Tozzi sobre las implicancias epistemológicas del compromiso de otorgar “privilegio epistémico” a la experiencia de aquellos que han sido víctimas de determinados sucesos, y de la necesidad de atender “las demandas de representación histórica justa en el presente” (2009: 168) sin “caer” o teñir los análisis de un reivindicacionismo ingenuo o panfletario.³³

La potencialidad de su propuesta radica en la posibilidad de atender, de dar respuestas “epistémica y políticamente más eficaces a los problemas suscitados en torno a la legitimidad de las representaciones históricas de sucesos recientes o de reclamos de voces” de víctimas de hechos de violencia o grupos postergados como consecuencia de diversas formas de discriminación. Para ello considera ineludible problematizar los debates y perspectivas historiográficas referidas a la “representación histórica” (en tanto categoría) y a la presentación histórica de grupos postergados en particular.

La emergencia de nuevas voces y perspectivas sobre diversos fenómenos de la vida social (como la discriminación de género) trajo aparejada la

³³ Los estudios de Tozzi son a su vez de gran valor para el análisis de las prácticas de los trabajadores sociales y el lugar que le otorgan a la voz de los sujetos en los procesos de intervención profesional.

desnaturalización de ciertas prácticas, la problematización de legislaciones vigentes o teóricas científicas. Ello nos obliga entonces a revisar y reescribir permanentemente la historia como a elaborar “criterios de evaluación entre versiones en competencia” (Tozzi, 2009: 169).

En el caso de nuestras investigaciones, no se trataba de “demandas de representación” de un grupo postergado, sino de reivindicar la trayectoria profesional, académica y política de quienes hace un siglo forjaron las bases de nuestra profesión.

Siguiendo a esta autora, todo ejercicio de historizar o dar respuesta a los reclamos de representación histórica implica revisar, cuestionar los instrumentos y recursos, para llevarlo a cabo tanto en su *dimensión política* como *epistémica*. En tal sentido, podríamos señalar que el estudio riguroso de los aportes de “las pioneras” que reivindicamos fue “eliminado” de los planes de estudio en los centros de formación en América Latina como resultado de la hegemonía de ciertos grupos académicos surgidos a partir de la década de los 60’, que se adjudicaron con la misión de “reconceptualizar” el trabajo social. Esta tarea fue llevada a cabo repudiando (en forma indiscriminada) todo antecedente que viniera de Estados Unidos o Europa, remplazando el acervo de conocimientos acumulados en medio siglo, por los autores de otras disciplinas, en un franco proceso de autocolonización interna.

Para finalizar, recuperamos la expresión “limbo mnémico”, que Verónica Tozzi utiliza para dar cuenta de “diversas formas de olvido que acechan y obturan la representación de eventos límites, ya por ausencia de representación, ya por imposición de representación clausurante y redentora” (2009: 170). Aquí cobra relevancia la noción de “privilegio epistémico”. Desde diversos enfoques, como la perspectiva de género o la etnometodología, los estudios biográficos o las historias de vida, se hicieron importantes avances teórico-metodológicos, que permitieron problematizar o interpelar teorías “consagradas”, incorporar nuevas miradas sobre viejos temas, a la vez que obligaron a imponer nuevos problemas de investigación, métodos, técnicas e instrumentos. Por otra parte, la construcción de la identidad profesional implica reconocer que “las identidades no son homogéneamente constituidas en los diferentes contextos históricos y sociales” (172), lo que quiere decir que no es lo

mismo ser una trabajadora social en Dinamarca que en África, o haber pensado la profesión en el contexto de la Inglaterra del siglo XIX o en la Argentina del 2001.

Ahora bien, ¿qué impacto tienen sobre la construcción de la identidad profesional los relatos elaborados con relación a la misión, el rol, las funciones de las/os profesionales en el pasado y en nuestra sociedad actual? Con respecto a la relación entre “lenguaje histórico y realidad histórica” o entre “narración y experiencia”, rescatamos el análisis que Tozzi realiza sobre “las categorías y clasificaciones sociales como cosas que interactúan con prácticas sociales, tanto de aquellos a los que se les aplican dichas clasificaciones como con las prácticas de aquellos que conforman su entorno familiar, institucional o simplemente vecinal”, es decir, la relación que los conceptos tienen con las personas.

Reconociendo los aportes del construccionismo social, en sentido de desnaturalizar aquello que por ser social tiene un carácter construido, cita a Hacking (Tozzi, 2009: 177), quien amplía el análisis al caracterizar los “conceptos sociales como clases interactuantes (propiedad que no poseen las clases naturales) y desplazar el discurso de la construcción” hacia lo que denomina *looping effect*, efecto bucle, esto es, ya que las clases pueden interactuar con lo que es clasificado, es decir, producir un cambio, la clasificación misma puede ser modificada o remplazada. Las formas de nombrar los hechos sociales y a los sujetos producen efectos en la forma en que los individuos se perciben y comportan. Un castigo físico hacia una mujer o un niño, que hasta hace años era un “correctivo con fines educativos o disciplinadores” avalado y legitimado social y culturalmente, hoy es un delito; quienes los perpetran son considerados como abusadores o maltratadores y quienes lo padecen sus víctimas-sujetos de derechos. Ello trae aparejado reconocimiento legal, creación de instituciones, y modifica las prácticas de los sujetos en la medida que habilita la defensa de sus derechos.

Con respecto a nuestro tema, es muy interesante la reflexión sobre cómo “las prácticas de nombrar interactúan con las cosas que nombramos”. A su vez, las mismas “clasificaciones de los seres humanos interactúan con los seres humanos que son clasificados, pues las personas siempre se

consideran a sí mismas como de una clase o rechazan clasificaciones que les son impuestas (178). La relación es absolutamente dinámica en tanto las personas van cambiando en la medida en que cambia lo que ellas creen de sí mismas, y por otra parte, se producen “cambios en las circunstancias: es decir, las clasificaciones no existen sólo en el espacio vacío del lenguaje sino en instituciones y prácticas, y las interacciones con las personas clasificadas ocurren en matrices que incluyen elementos sociales y materiales (diarios, documentos, edificios) y personas, las clasificadas o descritas por dichos conceptos y las que rodean a dichas personas” (178).

Consideramos entonces que, en la medida en que “los conceptos son parte de narrativas de la identidad, y las modificaciones resultado de la interacción entre conceptos y prácticas, involucran la rescritura de las narrativas que contienen dichos conceptos”. Por lo tanto, “el objetivo es indagar en las consecuencias epistémicas y políticas para la identidad que tienen estas interacciones entre conceptos y prácticas y las re-descripciones históricas que promueven” (179).

Luego de esta extensa exposición, reiteramos entonces la necesidad de incorporar y evaluar las posibles contribuciones de historiadores y filósofos de la ciencia, la investigación historiográfica y la historización de las políticas de identidad, las nuevas epistemologías emergentes en América Latina, a través de autoras/es que permitan una reapropiación del pasado que incluya la voz de las/os actoras/es, autoras/es protagonistas en los procesos de conformación y consolidación de nuestro campo disciplinar.

Las/os trabajadoras/es sociales no aprendimos a pensarnos desde y por nosotras/os mismas/os y establecimos una dependencia intelectual con autores y teorías que poco o nada tienen que ver con nuestra profesión, nuestro oficio, aunque aporten teorías esclarecedoras para comprender determinados fenómenos, contextos o procesos históricos, sociales y políticos.

Nuestra apuesta es entonces a animarnos a “pensar desde lo propio”, “recuperar la historia” disciplinar (Zemelman, 2011: 20)³⁴, y con ello fortalecer nuestra identidad, tarea indispensable tanto para la formación de las/os futuras/os profesionales como para un ejercicio profesional

³⁴ Si bien el autor hace referencia al pensamiento latinoamericano, sus consideraciones son válidas para nuestros propósitos.

autónomo, responsable y emancipador. Y ello no significa “pensar aisladamente”. Pensar desde lo propio es pensar desde lo que somos concretamente, en un doble sentido, como trabajadoras/sociales y como latinoamericanas/os, desde nuestras propias matrices culturales, nuestro acervo de conocimientos disciplinares y desde nuestra propia memoria, y de allí proyectarnos hacia el futuro. En tal sentido, acordamos con este autor en que es tan criticable el “regionalismo” que lleva al aislamiento, como el “cosmopolitismo forzado”.

Pensar críticamente implica “poner *en crisis* las ideas establecidas, los sentidos comunes, las fronteras rígidas entre los saberes, que son una astuta manera de *disciplinamiento* de la teoría. No se trata tanto, en estos textos, de volver una y otra vez sobre lo ya obtenido, sino obtener más: no de confirmar preconceptos ni de llegar a donde se sabía de antemano, sino de dejarse sorprender por el propio desarrollo de la investigación (Grüner, 2011: 10).

5. Bibliografía

- AAVV (2004). *Los pioneros del trabajo social, una apuesta por descubrirlos*. Exposición Bibliográfica. Huelva: Universidad de España, Escuela Universitaria de Trabajo Social.
- Aguirre Rojas, C. A. (2010). *De Carlos Marx a Immanuel Wallerstein. Nueve ensayos de historiografía contemporánea*. Santiago de Chile: Universidad Católica Silva Henríquez.
- Alexander, Jeffry (1995). La centralidad de los clásicos. En: Giddens, Anthony; Turner, Jonathan y otros. *La teoría social hoy*. Buenos Aires: Alianza.
- Aylwin, N., Forttes, A. y Mattus, T. (2004). *La reinención de la memoria. Indagación sobre el proceso de profesionalización del trabajo social chileno 1925-1965*. Santiago de Chile: Pontificia Universidad Católica de Chile, Facultad de Ciencias Sociales, Escuela de Trabajo Social.
- Bottomore, T. y Nisbet, R. (2001). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Bourdieu, P; Chamboredon, J.; Passeron, J. (2002). *El oficio del sociólogo. Presupuestos epistemológicos*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- Bustos, A. (2007-2013). *Blog de Lengua* [documento en línea: <http://blog.lengua-e.com/>; acceso: 19 de septiembre de 2013].

- Cambiaso, N., Grieco Y. y Bovio, A. (1999): *Días felices. Los usos del orden: de la Escuela de Chicago al funcionalismo*. Buenos Aires: Eudeba.
- Carballeda, A. (2004). *Del desorden de los cuerpos al orden de la sociedad*. Buenos Aires: Espacio.
- De la Fuente, L. y Messina, L. (2003). Bajos fondos del saber. La arqueología como método en Michel Foucault. *Revista Litorales*. Año 2, N.º 2, agosto de 2003. Instituto de Geografía, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires.
- Deegan, M. J. (2005). *Jane Addams and the Men of the Chicago School, 1892-1918*, New Brunswick, London: Transaction Publishers.
- Dei, H. Daniel (2006). *La tesis. Cómo orientarse en su elaboración*. Buenos Aires: Prometeo.
- Delacroix, C., Dosse, F. y García, P. (2010). *Historicidades*. Buenos Aires: Waldhuter.
- Dosse, Françoise (2006). *Paul Ricœur - Michel de Certeau. La historia entre el decir y el hacer*. Nueva Visión: Buenos Aires.
- Eco, U. (2002). *Cómo se hace una tesis*. Barcelona: Editorial.
- Escolar, C. y Besse, J. (comps.) (2011). *Epistemología fronteriza. Puntuaciones sobre teoría, método y técnica en ciencias sociales*. Buenos Aires: EUDEBA.
- Femenías M. L. (2006). *Feminismos de París a La Plata*. Buenos Aires: Catálogos.
- Femenías M. L. y Soza Rossi, P. (comp.) (2011). *Saberes situados/teorías transhumantes*. La Plata: FaHCE /UNLP-CINIG-IdIHHCS-CONICET.
- Fernandez, Ana M. (1993). *La mujer de la ilusión*. Paidós: Buenos Aires.
- Foucault, M. (1980). *Microfísica del poder*. Buenos Aires: La Piqueta.
- _____ (1984). "Primera conferencia". En: *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa.
- _____ (2008). *La arqueología del saber*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Friedlander, Walter (1969): *Dinámica del trabajo social*. México: Pax México.
- Gadamer, H.-G. (2007a). *El problema de la conciencia histórica*. Madrid: Tecnos.
- _____ (2007b). *Verdad y método*. Salamanca: Sígueme.
- García Dauder, S. (2005). *Psicología y feminismo. Historia olvidada de las mujeres pioneras en psicología*. Madrid: Narcea.
- Guha, R. (2002). *Las voces de la Historia y otros estudios subalternos*. Barcelona: Crítica.
- Grüner, E. (2011). *Nuestra América y el pensar crítico. Fragmentos de pensamiento crítico de Latinoamérica y el Caribe*. Buenos Aires: CLACSO.
- Heidegger, M. (2010). *El ser y el tiempo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Kruse, H. (1976). *Introducción a la Teoría Científica del Servicio Social*. Buenos Aires: ECRO.

- Kush, R. (1953). *La seducción de la barbarie*. (s.r.).
- Lander E. (2001). *La colonialidad del saber: eurocentrismo y ciencias sociales*. Buenos Aires: CICCUS / CLACSO.
- Ménand, L. (2001). *El club de los metafísicos*. Barcelona: Editorial.
- Miranda Aranda, M. (2010). *De la caridad a la ciencia. Pragmatismo, interaccionismo simbólico y trabajo social*. Tomo I. Buenos Aires: Espacio.
- Montaño, C. (1997). Prefacio. En: *Capitalismo monopolista y Servicio Social*. São Paulo: Cortez.
- _____ (1998). *La naturaleza del servicio social*. São Paulo: Cortez.
- Netto, José P. (1992). *La estructura sincrética del Servicio Social*. São Paulo: Cortez.
- Nisbet, Robert (2001). *Historia del análisis sociológico*. Buenos Aires: Amorrortu.
- _____ (2003). *La formación de pensamiento sociológico*. Tomo I. Buenos Aires: Amorrortu.
- Ramírez Bacca, R. (2010). *Introducción teórica y práctica a la investigación histórica*. Medellín: Universidad Nacional de Colombia.
- Richmond, M. (2005). *Diagnóstico social*. Madrid: Siglo XXI Editores de España. (1ª ed. 1917, Russel Sage Foundation, New York).
- _____ (1993). *Caso social individual*. Buenos Aires: Hvmánitas, (1ª ed. 1922, Russell Sage Foundation, New York).
- _____ (1940). *Social diagnosis*. New York: Russell Sage Foundation (1ª ed. 1917).
- Ricœur, Paul (2008). *La memoria, la historia, el olvido*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica. 2ª ed.
- Saltalamacchia, H. (2002): *Del proyecto al análisis: aportes a la investigación cualitativa*. Texto inédito.
- Sautu, R. (comp.) (1999). *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores*. Buenos Aires: Belgrano.
- Torres V., L. y otros (2005). *Historia de la Escuela de Trabajo Social y Desarrollo Humano de la Universidad del Valle 1953-2003*. Cali: Universidad del Valle.
- Tozzi, V. (2009). *La nueva filosofía de la historia*. Buenos Aires: Prometeo.
- Travi, Bibiana (2004). La construcción de la invisibilidad de la violencia hacia la mujer en el ámbito doméstico. Tesis de Maestría en Política Social. Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Directora: Cora Escolar.
- _____ (2006). *La dimensión técnico-instrumental en trabajo social. Reflexiones y propuestas acerca de la entrevista, la observación, el registro y el informe social*. Buenos Aires: Espacio.
- _____ (2008a). “La recuperación y visibilización de las prácticas y pensamiento críticos en el proceso de profesionalización del trabajo social. Aportes para la formación profesional”. II Encuentro Argentino y

Latinoamericano: “Prácticas sociales y pensamiento crítico”. Escuela de Trabajo Social, Universidad Nacional de Córdoba. 4 y 5 de julio.

_____ (2008b). “El trabajo social y las ciencias sociales. Aportes frente a la invisibilización y el ‘epistemicidio’ disciplinar”. Segundo Foro Latinoamericano: “Escenarios de la vida social, el trabajo social y las ciencias sociales en el siglo XXI”. Facultad de Trabajo Social, Universidad Nacional de La Plata. 28 al 30 de agosto.

_____ (2011). Construcción de la identidad, historia y formación profesional. Publicado. En Ibáñez, Viviana (comp.) (2011): *Historia, identidad e intervención profesional. III Encuentro del Grupo Interuniversitario de Investigadores en Trabajo Social. Grupo GIITS*. Mar del Plata: Ediciones Suárez.

_____ (2013). El desafío de “pensar desde lo propio”: hacia una reconstrucción histórico-crítica y comprehensiva del surgimiento y profesionalización del trabajo social. Ponencia presentada en: V Encuentro del Grupo Interuniversitario de Investigadores en Trabajo Social (GIITS) “Historia, Identidad e Intervención Profesional: Cuestiones teórico-metodológicas en relación a la investigación histórico-disciplinar”. Santiago de Chile, Universidad M. de Cervantes.

Travi, B. (dir.); García, A. y Fernández, I. Colaboradoras: R. Álvarez Bazán; V. Ibáñez. Asesoramiento: S. Palomas (2009). *Reconstrucción biográfica de la trayectoria profesional, académica y política de las pioneras del trabajo social (EEUU, 1860-1935)*. Progr. de Investigación PITS-EPHYD. Dto. de Cs. Sociales. Universidad Nacional de Luján. Reg. Prop. Intelectual, Expte: 799455. Dcción. Nac. del Derecho de Autor.

Zelman, H. (2009). *Uso crítico de la teoría*. México: Instituto Politécnico Nacional.

_____ (2011). *Configuraciones críticas. Pensar epistémico sobre la realidad*. México: Siglo XXI Editores - Centro de la Cooperación Regional para la educación de adultos en América Latina y el Caribe (CREFAL).